JARDINES DE FRANCIA

La presente obra está sujeta a los derechos derivados de la Ley de Propiedad Intelectual. La FBVMC ha intentado localizar a sus titulares, herederos o causahabientes del traductor, y a la editorial donde fue publicada, pero el resultado ha sido infructuoso. Si algún usuario de la BVMC tiene noticia de la existencia de los titulares de estos derechos, le rogamos que se ponga en contacto con nosotros para proceder a solicitar las correspondientes autorizaciones.

OBRAS DE ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Preludios. (agotada)

Lirismos. (agotada)

La Hora Inútil.

Silénter. (segunda edición)

Los Senderos Ocultos. (tercera edición)

La Muerte del Cisne.

El Libro de la Fuerza, de la Bondad y del Ensueño.

Parábolas y otros Poemas. (Cultura)

Jardines de Francia. (segunda edición)

Pensamiento de los Jardines, de Francis Jammes. (traducción)

PROXIMA A PUBLICARSE:

La Palabra del Viento.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Jardines de Francia

SEGUNDA EDICION

CVLTVRA
TOMO XI Nº 3
1919

1º de Noviembre de 1919.
TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre. 54.

INDICE

Págs.

Notas críticas 5

VERLAINE

De "Sagesse" 15
Pierrot 17
Coloquio sentimental 18

BAUDELAIRE

El ideal 23
La giganta 24

HEREDIA

La siesta 27
El joyero anciano. 28
El arrecife de coral 29
El prisionero 30

Págs.

MAETERLINCK

La siete hijas de Orlamunda. 33
Ya busqué treinta años, hermanas. . . . 34
El infiel 35

PAUL FORT

De baladas de la cabaña 39
El lazo de amor 40
Los dos enlutados. Balada. 42

ALBERT SAMAIN

Pannvra 47
Tarde 49
El almuerzo preparado 50
Mirtillo y Palemona 52
Xanthis 53
La Rana 54

FRANCIS JAMMES

Buen amigo, fiel perro 59
La jovencita enferma 60
El asno del Domingo de Ramos. 62
El burro apaleado 65
El burro de Sancho Panza 67
El asno del jardinero 69
El burro sabio 70
El asno de Beatriz 72
Asnillo mendicante 74
El comedor 76
En el silencio de la noche 78

Págs.

EMILE VERHAEREN

El barquero 83
El árbol 86
El miedo 90

EPHRAIM MIKHAEL

Crepúsculo lluvioso 93
Tristeza de septiembre 94

JEAN MOREAS

Nocturno 99
Hadas, bajo los rizos 101
Habla una jovencita 102

MAURICE ROLLINAT

La biblioteca 105

MAURICE VAUCAIRE

Yo tengo la memoria 109
¿A qué mi melancolía?. 111

HENRI DE REGNIER

El reposo 115
Experiencia 117
Sobre la playa 118
La voz 119
La esperanza suprema 121

CHARLES GUERIN

Del borde del camino 125

Págs.

FERNAND MAZADE

Las palilias 129

CONDESA MATHIEU DE NOAILLES

Idos, dejadme a solas 135
La ofrenda a la Naturaleza 137
En tierras de Rousseau. 139

RENATA VIVIEN

Así hablaré 143

SAINT-POL-ROUX

Gólgota 149

ERNEST RAYNAUD

El fauno 153
El regreso 154

FERNAND SEVERIN

Pensador, la hermosura 157

RODENBACH

Epílogo 161
El enfermo, a menudo 163

FRANCIS VIELE GRIFFIN

Canción 167

NOTAS CRITICAS

La moderna poesía francesa sintetiza como ninguna otra, en la multiplicidad de sus aspectos, los refinamientos de todo un siglo de evolución, a partir del Romanticismo. Diluídas las tendencias, esfumados los valores de *escuela* y precisados los de estética personal, la lírica francesa moderna adquiere nuevos prestigios realzados por virtudes que avalora el vigor y quintaesencia el matiz.

En una colección antológica como CULTURA, no podían quedar vacantes los sitiales de los poetas representativos de tan bella e intensa producción; y es Enrique González Martínez, el admirable poeta nuestro, quien interpreta en sus justísimas versiones la trémula y ondulante emoción de un grupo selecto de la Francia lírica, a la que ha arrancado con ademán gallardo algunas de sus más transparentes y miniadas flores. Para dar a conocer la estimación en que se tienen las traducciones de Enrique González Martínez, nos permitimos reproducir algunos de los juicios que sobre el autor de *Jardines de Francia*, ha emitido la crítica literaria seria.

LA DIRECCION.

...Sus traducciones son admirables. Ya desde sus comienzos mostró el poeta inclinación a este género de trabajos, que Taine recomendaba como inapreciable disciplina. En "Preludios", al lado de escenas shakesperianas y de algo francés, figuraba una traducción de "El Cuervo", que dista de la exactitud rítmica y literal de la versión de Pérez Bonalde, y ya lo advertía el intérprete al declararla "traducción libre". En "Lirismos", Verlaine, Baudelaire y Heredia, aparecen trasladados magníficamente, con toda precisión, con exquisito respeto. Y en "Silénter", el cuadro se agranda: son los simbolistas franceses; es Gabriel D'Annunzio cuyo "Artifex Gloriosus" conserva en la traducción su pompa verbal; es Rollinat, con su soneto "La Biblioteca", misterioso y alucinante; son Régnier, Moréas, el Maeterlinck de las "Canciones", Mikhaël, Paul Fort, otra vez Heredia...

Eduardo Marquina, Guillermo Valencia, Balbino Dávalos, han hecho traducciones que tienen el valor de originales. Las de Enrique González Martínez están en la misma fila.

Enrique Díez-Canedo.
(LA LECTURA, de Madrid.)

...Reúne ahora González Martínez sus versiones de poetas franceses, uniendo a las que dió en libros anteriores, otras que andaban dispersas. No es una Antología orgánica la que se ha propuesto hacer, ni ese el aspecto en que se ha de considerar su libro. Pero es una bellísima colección con méritos más que suficientes para ser leída y gustada. El verso de Gonzá-

lez Martínez se distingue entre los de sus compañeros mexicanos por una compostura y nobleza constantes, ya en la elección de la palabra justa, ya en la rima nunca vulgar, pero jamás ostentosa; ya en la mesura y suavidad del ritmo: condiciones todas que se echan de ver, no sólo en sus obras propias, sino en los trasuntos poéticos que forman el libro de que hablamos ("Jardines de Francia"). De aquí que luzcan más, cuando se las compara con las originales, por lo ajustado de la expresión, las que se refieren a poetas como Régnier, por ejemplo, de temperamento análogo al del traductor, que aquellas otras en que su verso, más seguro, parece que rectifica y apuntala el del original, más incierto y sinuoso en su idioma: así en las piezas que traduce de Francis Jammes. Pero González Martínez, todo inteligencia, es en el adjetivar escrupulosísimo, persuadido de que la gracia ornamental del adjetivo es buena parte en la fisonomía de una composición, y así, los conserva, como, en general, el metro y la estrofa originales.

Enrique Díez-Canedo.
(ESPAÑA, de Madrid.)

...González Martínez ductilizó su propio verso en la perfecta interpretación castellana de los poetas extranjeros más contradictorios. Con gran agilidad rítmica y mental, pasa del sentimentalismo ordenado y pulcro de Lamartine a las alucinaciones y sacudimientos patológicos de Poe; refleja el "clair de lune" de Verlaine, la idea hosca, encajada en el pulido verso de Baudelaire; la plasticidad objetiva del alejandrino de Heredia; el encanto primitivo, en for-

ma y en idea, de Francis Jammes; el clasicismo vivido de Samain, y llega así a lograr esa técnica que caracteriza hoy su poesía original del todo, pues dió vida a las extrañas sin reclamar nada de ellas; sabia en el mecanismo de la expresión, va tan unida al sentimiento que la impulsa, como producida sin necesidad de medios exteriores...

Francisco A. de Icaza.

(Conferencia dada en el Ateneo, de Madrid).

...Nos da, en fin, algunas traducciones del divino miniaturista de "Au flanc du Vase". Se ha dado constantemente a traducir los poetas franceses modernos, que ama, buscando, tal vez, de tal suerte, empleo a su exceso de savia lírica. Así ha publicado, bajo el título de "Jardines de Francia", una colección de versiones de Heredia, Verlaine, Verhaeren, Vielé, Griffin Régnier, Paul Fort, Raynaud, etc., traducciones excelentes que vierten con igual fidelidad la idea, la imagen y el verso...

Francisco Contreras.

(MERCURE DE FRANCE, de París.)

...Dije antes que alabo la seguridad de criterio que revela González Martínez al seleccionar los búcaros de su jardín exótico. Encuentro una balada de Paul Fort que es, en mi sentir, de lo más bello del libro (Silenter). La versión española tiene, quizás, una mayor amplitud, una música más vaga y expresiva que el original. ¿Quién es el que dijo que es obscura

esta composición tan clara, y que es complicada, cuando no podría darse un pensamiento más sencillo? "¿Dónde está la tristeza de esta poesía?" Es preciso, en el caso de Paul Fort, en el de Maeterlinck, cuando reconstruye la balada de las Siete Hijas de Orlamunda una interpretación a lo Peter Altemberg? La pedimos también para el Nocturno de Moréas, tantas veces vertido a la lengua española y pocas veces con tal acierto como ahora. La pedimos, si es necesario, para este soneto de Rollinat, del cual ha hecho el autor una versión admirable al realzar con adjetivos de absoluta belleza el pensamiento original:

LA BIBLIOTECA

Como un añoso bosque era el recinto quieto.
Trece lámparas férreas, oblongas y espectrales
lanzaban noche y día sus luces sepulcrales
sobre los viejos libros henchidos de secreto.

Al penetrar sentíame tembloroso e inquieto;
me soñaba entre brumas y estertores mortales;
me tendían sus brazos trece blancos sitiales;
trece grandes retratos me lanzaban su reto.

Una noche a las doce, desde la alta ventana,
veía el bailoteo en la sombra lejana
del fugitivo duende que en el foso se agita;

cuando turbóse mi ánima y mis miembros temblaron;
trece campanillazos del péndulo sonaron
en el silencio horrible de la sala maldita.

Ricardo Arenales.

(REVISTA CONTEMPORANEA, de Monterrey.)

...González Martínez es un traductor admirable. Tiene la condición primordial para serlo: saber ser fiel sin destruir la elegancia primitiva de la obra ajena. Siendo sus traducciones elegantes y correctas, rara vez se pierde en ellas algo del pensamiento fundamental del autor.

Max Henríquez Ureña.

(La Unión Española, de la Habana.)

...Por un momento, este poeta tan particular e interior va a salir a la terraza de los rumbos, de los panoramas y de los colores; el introspectivo y concentrado se asoma a las ventanas que dan al mundo exterior; el personal se da al regodeo de volver por un breve momento a los encantos del abandonado virtuosismo; él, que también ausculta las simas o vuela por las cumbres, quiere tener un rato de expansión en el llano, y, en un viaje de curiosidad intelectual, parece retroceder para vivir, aunque sea brevemente, la vida de lo literario. Hay que aceptar y hasta que aplaudir estas modalidades de quien tan bellas obras produce y promete todavía muchas y más altas manifestaciones estéticas...

Un libro de traducciones de poetas de varia índole, dentro de la obra igual, pero ascendente, del autor de los JARDINES, no marca una contradicción ni fija una inconsecuencia... Pensemos con André Gide que la literatura no se desarrolla solamente en una dimensión y acojamos con interés este nuevo esfuerzo de González Martínez, que comprende que un arte que se aparta de la vida de su tiempo (sería

más exacto decir de las costumbres), es un arte muerto, sin contacto con la realidad...

Pocos poetas que escriben en español, han superado el valor de las versiones de González Martínez; pero es indispensable en esta línea no dejar inadvertidos los libros "Del cercado ajeno" e "Imágenes", de Díez Canedo, el esfuerzo de Marquina más editorial que espontáneo para traducir a Verlaine y a Baudelaire; la peligrosa aventura de Zayas entrándose por todos los "Trofeos" y las bellas realizaciones de Valencia con poemas alemanes e italianos.

Genaro Estrada.

(REVISTA DE REVISTAS, de México.)

VERLAINE

DE "SAGESSE"

Jinete enmascarado que silencioso avanza,
la Desgracia en el pecho hirióme con su lanza.

Brotó la roja sangre del corazón cansado,
y al fin, sobre las flores, al sol se ha evaporado.

Cegué: lanzó una queja el triste pecho mío,
y el corazón murióse en feroz calosfrío.

Desgracia—el caballero—cubierto se aproxima,
echa pie a tierra y tócame, siento su mano encima,

mete el dedo acerado en la herida reciente
y su ley atestigua con voz dura y potente.

Y al helado contacto de aquel guante de acero,
mi corazón renace, puro, animoso y fiero.

Y he aquí que candoroso, con bondad infinita,
un corazón muy joven dentro de mí palpita.

Yo quedé tembloroso, incrédulo, aturdido,
como aquel que en visiones de Dios se ha sumergido;

mas el buen caballero a partir se decide,
me hace con la cabeza un signo y se despide

diciendo—¡todavía escucho su sentencia!:—
"Por esta vez, que pase; mas desde hoy ¡prudencia!"

PIERROT

Ya no es, como en la vieja canción, aquel rendido
amante de la luna que alegre se reía;
a un tiempo se apagaron su vela y su alegría,
y hoy vuelve exangüe y mustio como un aparecido.

Al fuego de un relámpago de súbito encendido,
su blusa, cual sudario, flota en la racha fría,
y su boca se abre de dolor, cual si impía
mordedura de larvas le arrancara un aullido.

Con el rumor que causa noctívago mochuelo,
sus mangas van volando y haciendo con su vuelo
señales que contesta el silencio profundo;

sus ojos son dos antros de luz fosforecente,
y enharinado mírase, más lívido y doliente,
su rostro de aguzada nariz de moribundo.

COLOQUIO SENTIMENTAL

Por el parque añoso, desierto y helado,
poco ha que dos vagas formas han pasado.

De melancolía sus miradas llenas,
sus tenues palabras escúchanse apenas.

En el parque añoso, desierto y helado,
dos almas evocan el tiempo pasado.

"¿Te acuerdas de aquellos éxtasis de un día?
—¿A qué recordarlos a la mente mía?

—¿Palpita tu pecho como palpitó
y aun sueñas conmigo si me nombras? —No.

—¡Oh instantes divinos de dicha indecible!
¡Qué sueños lejanos de amor! —Es posible.

—¡Qué azules espacios cruzó la esperanza!
—Hoy a un cielo obscuro la ilusión se lanza...

Por entre la hierba piérdense sus huellas,
y sólo la noche oye sus querellas.

BAUDELAIRE

EL IDEAL

Gérmenes putrefactos de un siglo insulso y frío,
calzando borceguíes, tocando castañetas,
nunca esas delicadas figuras de viñetas
satisfarán a un pecho como es el pecho mío.

A Gavarni, poeta de la clorosis, lego
su rumoroso enjambre de anémicas hermosas;
yo no hallo en ese búcaro de desteñidas rosas
la roja flor que sacie a mi ideal de fuego.

Mi corazón, profundo como el abismo, busca
el tuyo ¡Lady Macbeth! cuya maldad ofusca
como un sueño de Esquilo que surge entre huracanes;

o a ti grandiosa Noche, de Miguel Angel hija,
que tuerces dulcemente en rara actitud fija
tus formas repulidas con besos de titanes.

LA GIGANTA

Allá cuando la Tierra, con numen poderoso,
engendros concebía de magnitud que espanta,
yo estar querido hubiera al pie de una giganta,
como a los de una reina un gato voluptuoso.

Mirar desenvolverse su juventud tranquila,
verla crecer magnífica entre monstruosos juegos,
adivinar de su alma los escondidos fuegos
tras de las nieblas húmedas de su vasta pupila.

Recorrer a mi antojo sus formas esplendentes,
de sus piernas titánicas trepar por las pendientes,
y cuando se tendiera rendida en la campaña,

en estivales días de ardor y lumbre llenos,
dormir bajo la sombra de sus enormes senos
cual plácida aldehuela al pie de una montaña.

HEREDIA

LA SIESTA

Ni volador insecto ni susurrante abeja;
del sol bajo la lumbre el bosque se adormece,
y al suave terciopelo del musgo se parece
la luz que tamizada la fronda pasar deja.

Entórnanse mis párpados; en ellos se refleja
acribillando el dombo que la arbolada ofrece,
la luz del mediodía que juega y resplandece
y con furtivos rayos forma una red bermeja.

Hacia la ardiente gasa de tintas caprichosas,
de efluvios embriagadas y luz, las mariposas
dirígense en enjambres pintados y risueños.

El haz brillante cogen mis dedos intranquilos,
y en las sutiles mallas de los dorados hilos,
voy—cazador poeta—aprisionando sueños.

EL JOYERO ANCIANO

Mejor que los orífices de rara maestría.
Arfe, Ruíz, Jiménez y Becerril, yo creo
que sé doblar un asa, grabar un camafeo
y dar pulido engarce a rica pedrería.

En plata y en esmalte que al iris desafía,
supo esculpir mi mano, pecaminoso empleo,
en vez de un Santo Cristo y un místico trofeo
a Júpiter y Dánae, a Baco en una orgía.

Labré finos estoques, damasquiné puñales,
y por el vano orgullo de cosas infernales
puse en peligro grave mi venidera suerte;

por eso, ya que el fardo de la vejez me agobia,
quiero acabar mis días como Juan de Segovia,
a quien, labrando un cáliz, le sorprendió la muerte.

EL ARRECIFE DE CORAL

El sol bajo los mares, cual misteriosa aurora,
alumbra el bosque espeso de abisinios corales
que mezcla bajo tibias honduras de cristales
la vigorosa fauna con la viviente flora.

Algas, musgos, anémonas, erizos que colora
el yodo y que se impregnan de las marinas sales,
cubren de obscura púrpura en dibujos triunfales
el fondo tapizado de blanca madrepora.

Amortiguando el brillo de su escama esplendente,
un pez enorme el bosque cruza indolentemente
luciendo remos áureos de llameante gualda,

y de aletazo brusco al golpe repentino,
por el cristal opaco, inmoble y azulino
corre un temblor de oro, de nácar y esmeralda.

EL PRISIONERO

Allá, de los muezines cesaron los clamores;
el sol arde en ocaso con áurea y roja flama;
en pos del limo, el saurio hunde la obscura escama,
y va acallando el río sus últimos rumores.

El jefe, en cruz las piernas, se aduerme en los va-
(pores
del misterioso háschisch que su cerebro inflama,
mientras allá en el banco, se encorva y encarama
bogando, una pareja de negros remadores.

Junto al timón, alegre y el insulto en la boca,
Arnaute de ojos viles y despiadados toca
en la agria guzla un aire de áspero y rudo estilo;

sobre cubierta, atado, sangrando al recio nudo,
un scheick anciano mira, entre abismado y mudo,
los altos alminares que tiemblan en el Nilo.

MAETERLINCK

LAS SIETE HIJAS DE ORLAMUNDA...

Las siete hijas de Orlamunda,
cuando el hada estuvo muerta,
las siete hijas de Orlamunda
corren a buscar la puerta.

Abren torres; una lámpara
cada cual lleva encendida;
cuatrocientas salas abren
sin encontrar la salida.

Bajan entonces las siete
hasta el sótano sonoro,
y en una puerta cerrada
hallan una llave de oro.

Ven el mar por las rendijas,
sienten miedo de morir,
tocan la cerrada puerta
y no se atreven a abrir.

YA BUSQUÉ TREINTA AÑOS, HERMANAS...

Ya busqué treinta años, hermanas,
¿sabéis dónde está?
Caminé treinta años, hermanas,
sin poder llegar...

Caminé treinta años, hermanas,
y no puedo más,
donde quiera hallábase, hermanas,
y no existe ya...

Mis sandalias quitad, hermanas,
la hora triste está;
ya agoniza la tarde, hermanas,
y me siento mal...

Idos lejos, diez y seis años
ajustasteis ya;
empuñad mi báculo, hermanas,
y también buscad...

EL INFIEL

Por acaso, si vuelve un día,
¿qué le contaré?
—Contaréisle que hasta la muerte
siempre le esperé.

¿Y si no me conoce, y sigue
inquiriendo más?...
—Contestadle como una hermana;
él sufre quizás.

Si pregunta por vos, ¿qué cosa
hay que contestar?
—Le daréis mi anillo de oro
sin decirle más.

¿Si pregunta por qué se halla
la sala desierta?

—Enseñadle extinta la lámpara
y la puerta abierta.

¿Si sobre el instante postrero
quiere preguntar?
—Respondedle que he sonreído...
¡No vaya a llorar!...

PÁUL FORT

DE BALADAS DE LA CABAÑA

Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada.
A enterrar la llevaron hoy en la madrugada,
y la han dejado sola, sola y abandonada.
En el féretro, sola, la dejaron cerrada.

Gozosos regresaron a la nueva alborada
y uno a uno cantaron alegres melodías:
"Esta muchacha ha muerto, ha muerto enamorada".
Y se fueron al campo como todos los días...

EL LAZO DE AMOR

¿Por qué anudar la pasioncilla?
¿Vale acaso la pena amar?
El cable está roto, chiquilla.
¿Fuiste tú quien tiró de más?

Dí: fuí yo? fué otro? fué acaso
el buen Dios de la cristianidad?
Reventóse el cable, es el caso,
y no hallamos a quién culpar.

¡En tantas almas Amor pesa!
¡Va tantas naves a amarrar!
¡Tántos anillos atraviesa!
¿A quién vamos la culpa a echar?

¡Cuántos sobre el mismo pecado
en la tierra tirando están!

¿Tal vez Amor es el culpado
si la cuerda gastóse ya?

¿A qué anudar la pasioncilla?
¿Vale acaso la pena amar?
Reventóse el cable, chiquilla,
y eres tú quien tiró de más.

LOS DOS ENLUTADOS

Bàlada

Los dos enlutados, la reina y el rey,
se van por el bosque al anochecer.

Porta collar ella; él, áureo toisón.
—''Tu collar te vuelvo, murió nuestro amor''.

—''Me has amado, reina ¿lo podré olvidar?
Toma el toisón de oro y guarda el collar.

De la luna al brillo, y al leve rumor
del bosque, cambiemos nuestro último adiós''

Una sombra torna el castillo... Huyó
otra por la selva, y un oro brilló.

Ya se ha dicho todo... ¿Diré cosa alguna
de amores difuntos en noches de luna?

¿Diré que impasible el cielo no cuida
ni de nuestros sueños ni de nuestra vida?

Amad—y en el cielo la borrasca truena—
sufrid—y la luna ríe de la pena.—

Sobre amores muertos, se engalana el cielo,
¡Ejemplo divino de amores eternos!

De tristeza muere aquí la canción—
"Un rey y una reina juráronse amor".

De tedio se muere aquí la canción.—
"Amores terrenos, ¡cuán pequeños son!...

ALBERT SAMAIN

PANNYRA

Un silencio ha cruzado por el salón sonoro...
Sale a bailar Pannyra, de talones de oro;
un manto de mil pliegues la cubre toda entera.
Con argentino trémolo, la flauta es la primera
en invitarla; baila, entrecruza sus pasos,
y al lento movimiento que le imprimen sus brazos
un caprichoso ritmo por la veste circula,
que se ensancha y se infla, que se ahueca y ondula
en rudo torbellino o en nube vaporosa...
¡Y Pannyra ya es flama, ya flor, ya mariposa!
En silencio, ante el éxtasis de las miradas pasa;
el furor de la danza la conturba y abrasa;
gira más y más rápida entre el atento coro;
casi apaga su túnica las antorchas de oro...
Súbitamente párase la bailarina; queda
inmóvil, y la veste, que en espiral la enreda,
al suspender sus giros, pliega sus velos blancos

sobre los senos túrgidos y los pulidos flancos,
y muestra, como un agua leve, tranquila y muda,
en divino relámpago, a Pannyra desnuda!...

TARDE

El ángel de la tarde pasa sobre las flores...
La Dama del ensueño canta su melodía
al órgano, y el cielo, al apagarse el día,
prolonga una agonía de exquisitos colores.

En el balcón las vírgenes beben brisas y amores.
El ángel de la tarde va por el alma mía...
Sobre rosas y vírgenes, desciende lenta y fría
una lluvia adorable de nevados blancores.

En el jardín se inclinan las rosas lentamente;
yerra el alma de Schumann, y al cruzar el ambiente,
dice cosas muy vagas de una incurable pena...

No sé dónde, una niña, va a morir, dulce y buena...
Alma, pon un registro en tu libro de horas;
va a recoger el Angel el ensueño que lloras.

EL ALMUERZO PREPARADO

Hija mía, levántate, pues que el amo ya vino;
deja lana y aguja; en la mesa de encino
que recubren manteles de pliegues albeantes,
pon la clara vajilla y los vasos brillantes.
Sobre hojas de parra y en la redonda fuente
de asa en cuello de cisne, coloca diligente
los duraznos de virgen terciopelo forrados,
y racimos azules con racimos dorados.
De pan cortado hinche las canastillas; deja
la puerta bien cerrada; que no quede una abeja.

Afuera, el sol abrasa, y reverbera el muro;
entorna las ventanas, y todo quede obscuro
para que bajo el manto de la sombra, la oliente
mesa llena de frutos embalsame el ambiente.

Baja por agua al patio, y cuida que la roja

cantarilla de barro que el agua fresca moja,
guarde por largo tiempo, lentamente fundido,
en sus helados flancos el vapor suspendido.

MIRTILO Y PALEMONA

Mirtilo y Palemona, amor de los zagales,
jugando se persiguen por entre los rosales,
y hacen huír ante ellos en algaradas locas
el solemne y estúpido desfile de las ocas.
Mirtilo a Palemona ha vencido en el juego;
ella ríe; él la abraza con abrazo de fuego;
tiembla cuando sorprenden sus manos atrevidas,
bajo la leve tela formas desconocidas,
y, las combas nacientes de los senos desnudos
saltan como dos frutas entre sus dedos rudos.
Cesa el jugar... En su alma un misterio se inicia,
y grave, sigue y sigue la empezada caricia.

XANTHIS

Al matutino fresco treme la hierba fina;
en un vapor ligero se envuelve la colina,
y de árbol en árbol, en las ramas cortadas,
lanzan su intacto brillo las hierbas irisadas.
Xanthis, cabe la onda que arruga el aire agreste,
ya dejó las sandalias y se quitó la veste,
y apoyada en el tronco de un abedul, se inclina
para pedir su imagen al agua cristalina.
Cae su trenza a un lado desde el cuello hasta el anca,
y, blanca, ella sonríe a aquella imagen blanca...
Admira sus pulidas caderas, la hermosura
de sus brazos, del seno, de la estrecha cintura,
y su mano que anima una noble decencia,
cubre con velo púdico su joven inocencia.
De pronto, lanza un grito la selva estremecida;
tiembla de miedo Xanthis como la corza herida,
y es que miró en los fieles espejos de la onda
al sátiro cornudo que lascivo la ronda.

LA RANA

Va a recoger un fruto de la hierba que pisa
Cloris, cuando, de pronto, una rana divisa
medrosa y diminuta que ante el amago fiero
súbita se distiende cual resorte de acero.
En un rápido impulso, abre y cierra las patas,
brinca por los fresales, se escabulle en las matas,
y a sus hermanas busca que en la quieta laguna,
husmeando el peligro, se echaron una a una.
Van diez veces que Cloris, en la caza animada,
la cogió con la mano bruscamente cerrada;
pero más diestra que ella, al sentir que la pilla,
de los dedos diez veces se escapó la ranilla.
¡Al fin, Cloris la tiene! ¡Cloris canta victoria!
¡Cloris, de azules ojos, de su madre es la gloria!
Bajo el sombrero amplio, ríe su gracia al cielo,
y su melena rubia, como doble arroyuelo
cubre de velos áureos sus mejillas, y evoca

la más clara sonrisa sobre la fresca boca.
Ella curiosa observa; se estremece un instante
al contacto del cuerpo helado y palpitante;
la rana mira y tiembla; la mano se aventura,
y Cloris tiene lástima de la débil criatura
cuando latir de espanto entre los dedos siente
aquel corazoncillo apresuradamente.

FRANCIS JAMMES

BUEN AMIGO, FIEL PERRO...

Buen amigo, fiel perro, has muerto de la odiada
muerte, de la temida, de la que te escondiste
bajo la mesa tanto... Tu amorosa mirada
se ha clavado en la mía en la hora breve y triste.

¡Oh, vulgar compañero del hombre, sér divino
que el hambre de tu dueño gustoso compartías,
que acompañar supiste el pesado camino
del ángel Rafael y del joven Tobías!

¡Oh, servidor, qué ejemplo me has dado tan seguro:
tú que supiste amarme como a su Dios un santo!
El profundo misterio de tu cerebro obscuro
vive en un paraíso de inocencia y de encanto.

Señor, si llega el día que me llevéis clemente
a veros cara a cara por una eternidad,
haced que un pobre perro contemple frente a frente
a aquel que fué su dios entre la humanidad.

LA JOVENCITA ENFERMA

La jovencita, un poco enferma, me sonríe
y me pregunta ¿es cierto?
Ella es muy inocente, y lleva una argollita
plateada en el dedo.

Miro cerca, muy cerca de mí su cuerpo endeble,
me inclino sonriendo
e interrogo: ¿qué dice la madre superiora?
¿ya no está en el convento?

He sabido—responde—que ha poco la cambiaron
—o algo que no recuerdo;
y al hablar, la chicuela parece de una rosa
el botón entreabierto.

Usted—dice—... Y no acaba la interrumpida frase
y guardamos silencio.

¿Se siente usted acaso peor que en otros días?
—le pregunto muy quedo.

—No; me duelen un poco los brazos esta noche...
—No es nada—le contesto—;
se ve mejor.— Y ríe en sus ojos un rayo
luminoso y discreto.

La enfermita parece la muñeca de un niño
—de algún niño opulento—.
Es delgada y, no obstante, bajo su chal comienza
a dibujarse el seno.

EL ASNO DEL DOMINGO DE RAMOS

> No temas, hija de Sion: he aquí que tu Rey viene sentado sobre el hijo de una pollina.
>
> (San Juan. Zacarías).

Pacía con mi madre la hierba azul del prado,
de un sabor como nunca acre y azucarado.
Sobre el cielo sin mancha, en trazos incisivos,
se alzaba el verdinegro Monte de los Olivos.
Pastábamos desde antes de que rayara el día;
el globo de la luna poco a poco perdía
su luz, del sol naciente en las tintas bermejas.
Todo estaba tranquilo. Se oían las abejas,
el canto del arroyo chocando en los ribazos,
y nuestro ramoneo como tijerazos.
Mi madre estaba atada, yo libre en la pradera.
Ella, en pie, meditaba bajo de una palmera.

Por el azul cruzaron dos palomas en vuelo.
Las vi: sentí la vida con íntimo alborozo
y—las patas al aire—me revolqué en el suelo.
...De pronto, oí a mi madre que lanzaba un sollozo.
No era el cotidiano rebuzno, era un gemido
que desgarraba el cielo, hondo, desconocido.
Mi alegría trocóse en dolor de repente.
Y la vida seguía su curso dulcemente:

Brincaban saltamontes en la hierba aromática;
un gato, frente a un perro, en actitud extática,
vigilábalo inmóvil, con el pelo erizado.
Bien pronto, los discípulos vinieron hacia el prado
y a mi madre desatan: vi que ella los seguía
tranquila y dócilmente, como que ya sabía
el asna, de pupilas como la noche bellas,
que aquel deber estaba escrito en las estrellas.
En cuanto a mí, inocente, tienden una mantilla
sobre mi flaco lomo revolcado de arcilla,
y contento, admirado y distraído, eché
a andar.

Así llegamos, al fin, a Bethphagé.
En la pequeña plaza, multitud bullanguera
contaba con los dedos en debate animado.
Un muchacho tocaba un pito de madera.
Alguien dijo: "al Maestro anunciad que han llegado".
Un joven, de un tabuco se asoma en el umbral.
Creí tener enfrente una luz celestial
que hizo cerrar mis ojos confuso y aturdido.

Se acercó recogiendo la orla del vestido.
Y dijo entre sonrisas: "dejad al inocente
animal que sin cuerda se vaya libremente

al campo en que pacía''. Así dijo el Maestro
hablando de mi madre que aun guardaba el cabestro.
Sentí sobre mi frente un gran soplo pasar
y tan sólo fuí dueño de gemir y temblar.
¡Qué cosa iba a pasarme? Yo nada comprendí.
Hubo un silencio. Luego, Dios montó sobre mí.

EL BURRO APALEADO

El invierno me cubre de nieve las orejas
y pienso que en estío se llenarán de abejas.
...Yo voy trota que trota, y trotando, trotando,
me asfixio de repente, y es porque voy tragando
la nube de petróleo de algún auto deforme.
Después viene un caballo estúpido y enorme.
¡Oh, qué bien se respira dentro de la ciudad!
¡Qué jardín de las mil una noche es éste
que huele a delicioso bálsamo de Bagdad
y donde hay un poeta ornado con agreste
corona y de palabra afectuosa y sencilla?
¡Ah, me ofreciera el agua que de su fuente brota!
¿Es un sueño? Se acerca con un cubo que brilla
...Pero trotar es fuerza, y voy trota que trota...
¡Oh, fuente cuyos bordes adornados con los
cerezos florecidos mi deseo divisa!
Yo pienso imaginarme que voy bebiendo brisa,

y será el espejismo absoluto de Dios.
...De pronto, el amo empuña una estaca con dos manos, y en mis espaldas supurantes, golpea una llaga infinita que ríe y azulea.

EL BURRO DE SANCHO PANZA

Soy el enalbardado burro de Sancho Panza.
Jamás burro ninguno gozó mejor andanza
que yo, bien paseado por Sancho y Don Quijote.
¿Quién sabe nunca a dónde camina al estricote
con sus monomanías un par de mentecatos
de que uno va con botas y el otro sin zapatos?
Errando a la ventura, no supe en la mañana
donde pasar la noche. A veces el tomillo
de una riente sierra donde una fuente mana,
perfumaba piadoso mis zuecos de aldeanillo:
a veces, en la sucia cuadra de algún ventero
de ronca Maritornes cerca del muletero,
turba de encantadores me despierta y asombra;
son negros y pasean cirios entre la sombra...
La verdad es que paso mil sustos, y por eso
he caído en la cuenta, a pesar de mis pocos
alcances de borrico, que esta yunta de locos

ha de acabar un día por trastornarme el seso.
Pienso dejar por siempre su vida desastrada
y he de llevar la mía cuerda y equilibrada.
Quiero ganar un día la ínsula que a fin
de entregarla a los burros, tiene el sabio Merlín.
Existe. La describe en frases terminantes
un romancero de caballeros errantes.
Mi amo y Don Quijote—el asunto me choca—
no le dan importancia ni dicen esta boca
es mía, mientras presa de impulsos repentinos,
creyéndolos ciudades, atacan los molinos.
De la falsa Quimera por siempre me desligo.
Voy al país do moran, hechos ya prisioneros,
los verdugos que Sancho titula molineros.
¡Qué alaridos extraños lanzan ante el castigo
de cargarles el lomo con los sacos de trigo!
Y, hecho ya molinero, los oye rebuznar
el asno, sobre el heno que les hace tragar.

EL ASNO DEL JARDINERO

Huelo a tierra y cebolla, a lirio y a jazmín.
Yo conduzco legumbres, y soy como un jardín.
Si un melón llevo a cuestas, parezco un oriental
que se echa a las espaldas un odre de cristal.
Mi matinal saludo doy a todas las cosas:
al rocío, los mimbres, las bengalinas rosas,
al muchacho que caza con red los pajarillos,
a obreros sin trabajo, al que afila cuchillos,
a las ágiles piernas de rolliza lechera,
al labrador que pasa entre la sementera.
Mal comprendo la tierra de revueltos paisajes.
Me gusta más el cielo donde hay sólo celajes.
...Pero en vano es que forje planes desesperados
por escalar el cielo con mis cascos gastados;
y cada vez que caigo, la pezuña se aferra
con invisibles grillos afianzada a la tierra.

EL BURRO SABIO

Yo soy el burro sabio, el que hace que se asombre
la Academia. Yo sé calcular como un hombre.
Con la fusta en la mano, me hace el amo trepar
en un viejo tonel donde he de equilibrar
el cuerpo. Los aplausos resuenan de improviso;
luego bajo y me pongo a bailar; es preciso.
—En dónde está París?—me dicen—Contestad.
Medito un solo instante y en la carta de Francia
con la pezuña un punto señalo con jactancia.
—Asno, pase revista por esta sociedad,
mire a los circunstantes sin tardar un minuto,
alargue la cabeza y señale al más bruto.
...Obedezco y acierto, tengo seguridad...
Cuando me enseñan algo, pienso con aire grave
en el hombre que enseña y en lo poco que sabe.
Y cuando se terminan las farsas, y tras ellas,

me duermo a la intemperie, me asalta y me acribilla
la obsesión de la ciencia como una pesadilla...
Y sueño que me pongo a contar las estrellas.

EL ASNO DE BEATRIZ

Alighieri, a quien una luz extraña hizo un día
bajar los aquilinos ojos, yo soy un asno,
y pienso que el buen Dios me ha de dejar que emprenda
el camino del cielo con suave y lento paso.
Tengo un trozo de menos en una oreja rota
y acaricio el propósito de encontrar el pedazo.
Baja piadoso, al verme, el pliegue de tu boca
que un Amor infinito distendió como un arco.
Soy el burro que lleva centeno y aceitunas;
en mi lomo tu dulce Beatriz se ha sentado
riendo cual manzano que admira un arco-iris.
Tú, por sabia costumbre—Jammes lo ha asegurado—
pones en el infierno a los que no pudieron
estar limpios de culpa en el supremo tránsito.
Sin embargo, te ama tal como eres; dice
que tus ojos, ilustre teólogo, han llorado
sobre el duro destino de la pobre Francesca,

y que, al saberlo, fuiste víctima de un desmayo,
encontrando el infierno demasiado ardoroso
para el ósculo leve que nevó de sus labios...
¿Qué irás a hacer conmigo, oh, Dante, cuando muera?
Para llevarlo un día camino del Calvario,
Dios me eligió, y el día de su muerte ¿quién supo
que mis miembros, al par que la tierra, temblaron?
Dante, creo que Dios ha regresado al cielo
y he venido a decirte, humilde, que lo amo.
El no golpeó nunca mi cuerpo, y es seguro
que no querrá tampoco echarme de su lado.
Piensa, cuando la noche sobre Florencia cae,
de la ciudad nativa en el perfume vago,
y en Beatriz, nimbada con estrellas, que posa
sobre mi vieja piel el dulzor de su mano.

ASNILLO MENDICANTE...

Asnillo mendicante y gris, más arruinado
que el calesín que va detrás;
¡oh, tú que ya no puedes a fuerza de cansado;
no tienes suerte, es la verdad!

¿Qué importa un puñetazo de más? Se te castiga
no por tu lenta condición;
porque eres tú quien eres, el amo te prodiga
puntapiés en el corazón.

Hermano, vendrá el día de beber en la fuente
del paraíso celestial,
fresca como la sombra del aliso, en la ardiente
irradiación canicular.

Reiremos del que tanto nos motejó, de todo
el que no sabe ni sabrá

que es necesario genio para de cierto modo
poder cantar y rebuznar.

Asno tan finamente poeta, no te asombres
si aun en el cielo del buen Dios
siguen siendo tan bestias como enantes los hombres,
y también tú, y también yo.

EL COMEDOR

Tengo un antiguo armario de maderas sombrías
que ha escuchado las voces de mis difuntas tías,
que la voz de mi padre.
y la voz de mi abuelo oyó como testigo.
El guarda sus memorias como sincero amigo,
y se engaña quien juzgue que siempre se halla mudo,
pues que yo hablo con él y él conversa conmigo.

Tengo pegado al muro un cuco de madera
que ha mucho que no canta su canción lastimera.
La causa del silencio no se la he preguntado.
Llego a pensar a veces que la voz se ha quebrado
en sus ruedas ocultas y resortes cubiertos
así como se rompen las voces de los muertos.

Tengo también un viejo aparador cerrado
y que, al abrirlo, esparce olor a confituras,

a cera, panecillos, carne y peras maduras.
Es un sirviente probo
cuya fidelidad predica contra el robo.

Vienen hombres, mujeres, numerosas vistas
que no creen en esas invisibles almitas;
y yo callo y sonrío de que me juzguen solo
cuando algún conocido, con su gesto cordial,
entra y me dice: "hola, señor Jammes, ¿qué tal?"

EN EL SILENCIO DE LA NOCHE

Ayer, en el silencio de la noche, cantaba,
cantaba no sé dónde el grillo del fogón;
el diminuto canto las sombras ensanchaba
mientras iba alargándose la llama del velón.

Me he acostado de nuevo, con la muerte en el alma,
pensando que el destino es hoy como fué ayer,
que no vendrán ya nunca la dicha ni la calma,
y que en la voz del grillo canta mi propio sér.

Para aliviar tu duelo, oye la serenata,
ponte a oír, hijo mío, el nocturno cri-crí;
¿no sientes cómo crece y cómo se dilata
del corazón doliente por el valle sin fin?

Todo calla: tristezas, desencantos... Persiste
del grillo panadero tan sólo la canción.

¿Eleva a Dios, acaso, una plegaria triste,
y con el grillo charla a solas el buen Dios?

Escucha lo que dice. Habla de la marmita
quebrada en el rescoldo, y del moreno pan;
de la mujer casera, del perro que dormita,
de quién sabe qué cosas de tristeza y de paz.

El dice que es amigo. Cuenta que el otro día,
su prometida al templo llevó mi arrendador,
y que, cual un cerezo en frutos, la alquería
estuvo en esa hora palpitante de amor.

Dice que los esposos me han hecho una visita,
y que, graves y lentos, me fueron a enseñar
la alcoba en que a sus anchas roncaba la hermanita
de la recién casada, en el lecho nupcial.

Y concluyó la fiesta. Se van los invitados.
La novia ocupa el sitio de la hermana menor.
Llena la santa alcoba una paz sin cuidados.
En el silencio, se aman el grillo y el reloj.

EMILE VERHAEREN

EL BARQUERO

Va remando a dos manos el barquero
en larga lucha contra las corrientes...
Lleva una verde caña entre los dientes.

Mas la que lo llamaba
allá, tras de las olas,
cada vez en más vaga lejanía,
retirarse entre brumas parecía.

Con sus abiertos ojos, las ventanas
y el reloj de la torre, contemplaron
su esfuerzo y su coraje,
plegarse en dos el torso, y contraerse
sus músculos en ímpetu salvaje.

Un remo se quebró súbitamente...
Hacia la mar con sus pesadas ondas
lo arrojó la corriente.

Aquella que de lejos lo llamaba
entre brumas y vientos, parecía
tender más triste los orantes brazos
hacia el que no venía.

Con el restante remo
se puso a trabajar en un supremo
esfuerzo; mas fué tanto,
que en el alma sintió fiebre y espanto.

El timón se rompió súbitamente...
La ya inútil astilla hacia los mares
arrojó la corriente.

Y sobre la ribera, las ventanas
con sus ojos enormes y febriles,
y los cuadrantes de las torres, viudas
de milla en milla enhiestas a la vera
de los ríos, miraban fijamente
al hombre loco en su furor salvaje
de prolongar el insensato viaje.

Aquella que de lejos lo llamaba,
entre las nieblas sin cesar gritaba,
la faz hórridamente dirigida
hacia la inmensidad desconocida.

Cual si fuera de bronce, aquel barquero
firme ante el huracán sañudo y fiero,
con el único remo entre las manos
golpeando las ondas proseguía,
y sus pupilas de mirar intenso,
viejas y alucinadas,
miraban la brillante lejanía

desde donde surgiera
la eterna voz bajo la racha fría.

Quebróse el otro remo de repente...
Como una leve paja, hacia los mares
lo arrojó la corriente.

El barquero dejó caer las manos;
se desplomó sobre la barca, triste,
desfallecido por esfuerzos vanos.
Un choque brusco hizo virar la nave,
y volvió atrás los ojos... ¡Ni siquiera
había abandonado la ribera!

Ventanas y cuadrantes
con beatíficos ojos deslumbrantes,
la ruina de su afán fueron mirando;
mas el viejo rival de las corrientes
guardó tenaz, Dios sabe para cuándo,
la misma verde caña entre los dientes.

EL ARBOL.

Siempre solo,
que el verano lo arrulle, que el invierno lo ultraje,
aterido su tronco o en verdor su ramaje,
al través de los días de saña y de ternura,
él impone su vida enorme y soberana
a la llanura.

Ve las mismas praderas hace cien y cien años
y las mismas labores y los mismos rastrojos;
los ojos ya cerrados por la muerte, los ojos
de ancianos que se fueron,
fibra por fibra vieron
rugarse su corteza y anudarse sus ramas.

El presidió tranquilo y fuerte sus trabajos;
sobre su pie velludo les dió lecho musgoso
donde abrigar la siesta bajo el sol ardoroso,

y brindó sombra pía
a los mozos de antaño que se amaron un día.

En vecinas aldeas, al rayar de la aurora,
se vaticina el tiempo según que canta o llora;
él conoce el enigma de las nubes en vuelo,
del sol que refunfuña tras el brumoso cielo;
es el pasado en pie sobre la vega triste,
y cualquiera que sea el recuerdo clavado
que en su seno persiste,
cuando termina enero
y la savia gloriosa circula y se derrama
en las yemas recientes, en el tronco, en la rama,
—brazos que se retuercen, labios en crispatura—
él arroja a los campos su gran grito que clama
a la vida futura.

Hebras de luz benigna y de lluvia clemente
préstanle ayuda y forman la trama del follaje,
y contrae sus nudos y alisa su ramaje
y alza al vencido cielo más enhiesta la frente;
tan a lo lejos hurgan sus raíces porosas
que agotan largo trecho las tierras pantanosas,
y se detiene a ratos par ver asombrado
aquel trabajo mudo, profundo, encarnizado.

Mas para desplegarse y reinar en su alteza
¡oh, los crueles inviernos, oh, las batallas duras!
las espadas del aire que rasgan la corteza,
el chocar de los cierzos, la rabiosa ventisca,
las escarchas que fingen ásperas limaduras,
el odio desatado, en la contienda brava,
los granizos del este y las nieves del norte,
el hielo blanco y triste cuyo diente se clava

hasta la albura, el noto que las ramas desfibra,
todo furor que tuerce, todo dolor que vibra,
sin que jamás pudiera
el fragor de la lucha apagar un instante
aquel anhelo insomne de su vida pujante
por alzarse más noble en cada primavera.

Cuando en octubre triunfa el oro en su follaje,
con paso largo aún, mas inseguro y lento,
he emprendido a menudo el prolongado viaje
hacia el árbol que cruzan el otoño y el viento.

Cual gigante brasero de frondas y de llamas,
se elevaba sereno bajo el cielo impasible,
y millares de espíritus entre sus ramazonas
coreaban arrullos y entonaban canciones.

Yo iba hacia él, los ojos inundados de lumbre,
lo tocaban mis dedos, lo estrujaban mis manos,
sentía conmoverse su inmensa pesadumbre
en la tierra profunda,
con estremecimientos enormes, sobrehumanos.

Apoyaba en el árbol mi pecho jadeante
con un amor tan vivo, con un fervor tan hondo,
que su ritmo profundo y su fuerza incesante,
del corazón en ansias me llegaban al fondo.

Y me asociaba entonces a su vida amplia y bella,
formaba parte suya cual si fuera una rama.
Espléndido se erguía al sol como un ejemplo.
Yo amaba con más fuerza tierras, bosques y ríos
y la desnuda vega por do pasan las nubes;
yo me sentía firme y audaz contra la suerte,

mis brazos anhelaban estrechar el espacio;
el cuerpo era más ágil, el músculo más fuerte.

Grité: "la fuerte es santa;
es preciso que el hombre sepa grabar la planta
ruda sobre la senda del designio preciso.
Ella tiene la llave que guarda el paraíso
y es de su mano púgil el franquear la puerta."
Besé el tronco nudoso con viril energía,
y cuando ya la noche del cielo descendía,
me eché a correr sin rumbo por la campiña muerta,
llevado por las alas de un afán inconsciente,
con gritos que surgían del corazón demente.

EL MIEDO.

Por llanos de mi miedo que al norte se convierte,
viejo pastor de inviernos en su bocina toca,
de pie, cual la desgracia, y hacia el redil convoca
a los diseminados rebaños de la muerte.

Cimenté los establos con mi remordimiento
en sitios donde vuelan las tristezas en torno,
y donde, circundado de menta y de viburno,
retuerce su camino arroyo macilento.

A golpes, con carneros de pieles leonadas,
entran ovejas negras de roja cruz marcadas
—lentas culpas—de mi alma trémula en el redil;

el viejo pastor lanza su toque de tormenta.
¿Qué relámpagos mira mi sér para que sienta
esta tarde mi vida tanto miedo de mí?

EPHRAIM MIKHAEL

CREPUSCULO LLUVIOSO

Como otoñal llovizna viene hacia mí el hastío
que el soplo de la tarde por instantes condensa,
y en el misterio crece la pesadumbre inmensa
como un velo nocturno, monótono y sombrío.

Y bien, ningún glorioso amor ha conturbado
mi corazón; sin duelo de cosas olvidadas
miro errar a lo lejos como cosas veladas
mis recuerdos que cruzan el jardín del pasado.

No obstante, en el profundo horror languideciente
de la tarde de lluvia y de sombra, he sentido
mi pecho, del que nunca ningún amor ha huído,
triste, muy triste, como la alcoba de un ausente.

TRISTEZA DE SEPTIEMBRE

Cuando al viento de otoño sollozan las encinas,
no sufro yo la angustia por la estación ausente,
sino el horror de nuevas floraciones vecinas.

Por el abril futuro mi corazón resiente
su duelo, y por vosotras, ¡oh, selvas condenadas
a enverdecer, un año tras otro, eternamente!

Siglos y siglos vuelven las mismas alboradas;
son los mismos trigales y son las mismas flores
sin variación abiertas y luego deshojadas.

Los mismos son los vientos suaves o bramadores,
el mismo olor de hierba cuajada de rocío,
y hasta los mismos besos y los mismos dolores.

Ahora, ya los bosques van a dormir, al frío

de la glacial ventisca, en calma pasajera;
mañana, sobre el llano aterido y sombrío,

y de los lagos gélidos que cubren la pradera
sobre el blancor monótono, al resonar la hora,
volverá tu implacable fantasma, primavera...

¡Oh, la estación no vista, oh, la soñada aurora!...

JEAN MORÉAS

NOCTURNO

Toc toc, toc toc,—golpea aprisa y fuerte,
Toc toc,—el carpintero de la muerte.

Buen carpintero, buen carpintero,
de abeto o roble busca un madero
y hazme una caja grande y pesada
para encerrar en ella a mi amada.

Toc toc, toc toc,—golpea aprisa y fuerte,
Toc toc,—el carpintero de la muerte.

Forra la caja con níveos rasos
como sus dientes; azules lazos
quiero que prendas a sus despojos,
como sus ojos, como sus ojos.

Toc toc, toc toc,—golpea aprisa y fuerte,
Toc toc,—el carpintero de la muerte.

Otro allá abajo, cabe la fuente,
bajo los olmos de la corriente,
mientras el ave nocturna canta,
besó las nieves de su garganta.

Toc toc, toc toc,—golpea aprisa y fuerte,
Toc toc,—el carpintero de la muerte.

Buen carpintero, buen carpintero,
de abeto o roble busca un madero,
y hazme una caja grande y pesada
para encerrar en ella a mi amada.

HADAS, BAJO LOS RIZOS...

Hadas, bajo los rizos de vuestras cabelleras,
mientras dormí, lanzasteis una dulce canción;
bajo los luengos rizos de vuestras cabelleras,
en el bosque encantado del sueño y la ilusión.

En el bosque encantado, de ritos prodigiosos,
¡oh, gnomos compasivos! mientras soñaba yo,
con vuestras propias manos me disteis generosos
gentil cetro de oro, mientras soñaba yo.

Canciones en el bosque, gentil cetro de oro,
ya sé que sólo fuisteis engaño e ilusión;
mas soy cual niño crédulo, y por el bosque lloro
donde escuché entre sueños el cántico sonoro...

¡Qué importa que ya sepa que todo es ilusión!

HABLA UNA JOVENCITA

Te ama tanto—los hinojos
dijeron—que por tus ojos
vive; volverá; no llores...
—¡Hinojos aduladores!—
¡Dios tenga piedad de mí!

Dijeron las margaritas:
—¿por qué confiaste tus cuitas
a su corazón cobarde?...
—¡Ay, margaritas, es tarde!—
¡Dios tenga piedad de mí!

Y la salvia:—no le esperes;
en brazos de otras mujeres
goza muy lejos de aquí...
—¡Triste salvia, a mis cabellos
ven para trenzarte en ellos!
¡Dios tenga piedad de mí!

MAURICE ROLLINAT

LA BIBLIOTECA

Como un añoso bosque era el recinto quieto.
Trece lámparas férreas, oblongas y espectrales
lanzaban noche y día sus luces sepulcrales
sobre los viejos libros henchidos de secreto.

Al penetrar sentíame tembloroso e inquieto;
me soñaba entre brumas y estertores mortales;
me tendían sus brazos trece blancos sitiales;
trece grandes retratos me lanzaban su reto.

Una noche a las doce, desde la alta ventana,
veía el bailoteo en la sombra lejana
del fugitivo duende que en el foso se agita;

cuando turbóse mi ánima y mis miembros temblaron;
trece campanillazos del péndulo sonaron
en el silencio horrible de la sala maldita.

MAURICE VAUCAIRE

YO TENGO LA MEMORIA...

Yo tengo la memoria de los olores
y de las melodías
y los colores.
Para evocar la imagen de los pasados días,
me basta cortar flores.
Yo tengo la memoria de los olores.

De la música tengo la memoria, y en tanto
que se elevan los ritmos de las notas aladas,
van entrando en mi pecho tristezas olvidadas
y surgen mis dolores
al impulso del canto...
Cantad, y cortad flores.

Yo tengo la memoria de los colores
y con ellos evoco un sér, alguna cosa;
recuerdo que mi amada, un crepúsculo rosa,

reía jubilosa,
reía; y yo en tanto lloraba mis dolores...
Yo tengo la memoria de los colores.

A QUE MI MELANCOLIA?...

¿A qué mi melancolía
contarte, si has soportado
tristezas como la mía?
Mi presente es tu pasado.

Si entre lágrimas de fuego
te explico mi desencanto,
ya sé que tus ojos luego
volverán a verter llanto.

De mi vida dolorosa
¿a qué hablarte, si estoy cierto
de abrir una antigua fosa
en que aun agoniza el muerto?

Eres firme, corazón;
memoria, tú no envejeces,

y un compás basta a las veces
a recordar la canción.

¿A qué mi melancolía
contarte, si has soportado
tristezas como la mía?
Mi presente es tu pasado.

HENRI DE RÉGNIER

EL REPOSO

Apaga, visitante, esa antorcha importuna
y no al suelo la flama inclines. ¿Has creído
que sus gotas de fuego que caen una a una
reanimarán el polvo en que ayer he vivido?

No. Si la misma losa, ante la chispa vana
cediera un solo instante en su dureza fría,
y si en mi noche triste, insensible y lejana
surgiera nuevamente la claridad del día,

¡oh, caminante! ¿piensas que iba mi polvo yerto
que libertó la parca y en la quietud reposa
a renunciar al goce divino de haber muerto
y a dar por nueva vida su noche tenebrosa?

No obstante, fuí dichoso. Amor dejó sellada
mi boca con su boca en más de un beso ardiente,

y entretejió la gloria con mano delicada
lauros para mi nombre, antes para mi frente.

Mas dejan en el alma como un resabio triste
cada feliz instante, cada divina hora,
y aquí ya nada espero, y para mí no existe
la vuelta de la noche ni el paso de la aurora.

Que el generoso día o la inquietud nocturna
den a los vivos lloro o goce apetecido;
¿qué importa al que en cenizas aduérmese en la urna
bajo pesado mármol e inquebrantable olvido?

Por eso ni tus pasos, tu vista, ni la ardiente
antorcha, ni tu labio que en alta voz me nombra
darán un sobresalto a mi paz impaciente
¡oh, tú que aquí has venido para evocar mi sombra!

Aunque tu propia mano, piadosa en su rudeza,
quebrara el fuerte gozne, rompiera el bronce duro,
¡Amor! y aunque tu tierno semblante y tu belleza
viera asomar de nuevo sobre mi asilo obscuro.

EXPERIENCIA

Voy siguiendo sus pasos y escuchando sus besos;
sus gallardas siluetas destacándose van
sobre el blanco de ala de gaviota, sobre esos
horizontes gris-perla del paisaje otoñal.

Mientras siguen su viaje de amorosa ternura
en la costa azotada por los tumbos del mar,
yo no siento ni celos, ni dolor, ni amargura
ni tristezas ocultas, ni febril malestar.

Ellos siguen absortos en su sueño enlazado
dando sér a lo efímero de su anhelo ideal;
ellos son el presente y yo soy el pasado,
y sé de la quimera la palabra final.

SOBRE LA PLAYA

Acuéstate en la playa y recoge en la mano
para dejar que escurra después, grano por grano,
la hermosa arena rubia que el sol hace de oro;
cierra luego los ojos, mas antes ve el sonoro
mar que la orilla besa, y el cielo transparente,
y cuando, poco a poco, sientas que dulcemente
no queda peso alguno en tu mano ligera,
abre otra vez los párpados; pero antes considera
que nuestra propia vida toma y devuelve activa
a las eternas playas su arena fugitiva.

LA VOZ

Yo no quiero que nadie se acerque a mi tristeza,
ni tus pasos amigos, ni tu rostro adorado,
ni tu mano que toca con lánguida nobleza
la perezosa cinta y el volumen cerrado.

Déjame; que mi puerta a nadie se abra ahora,
ni al viento matutino dé paso mi ventana;
está cansado y triste mi corazón, y llora
sobre un mundo sombrío y una existencia vana.

Mi tristeza me viene de una región distante,
más allá de mí mismo; es una cosa ajena,
y todo hombre que ame, que sonría o que cante,
en voz baja la escucha cuando la hora suena.

Y algo se agita y mueve en la conciencia obscura,
se despierta y espande en el alma dormida,
a esa voz apagada que al oído murmura
que es ceniza en su fruto la rosa de la vida.

LA ESPERANZA SUPREMA

Qué importa que en la tumba de rincones desiertos
donde eres ya tan sólo un muerto entre los muertos,
no detenga sus pasos la turba presurosa
por enhiesta pirámide o por urna pomposa,
y ni macizo bronce ni mármol deslumbrante
atraigan las miradas de incierto caminante
ni la de aquellos hombres que al destino eminente
ofrendan homenajes y doblegan la frente?
Que los que amen el fausto eleven hasta el cielo
sobre su muerto polvo monumentos de duelo.
Responde: ¿No te basta el saber que reposas
bajo el ciprés agudo que entretejen las rosas?
Si nunca a tu sepulcro se llega un visitante,
¿no es mucho que en las frondas un pájaro te cante?
Y ¿qué importa que un día, de la sencilla piedra

corroída de musgo y ataviada de hiedra,
borre tu nombre el tiempo, si en el paraje mudo,
Amor—divina sombra—posa su pie desnudo?

CHARLES GUERIN

DEL BORDE DEL CAMINO...

Del linde del camino esa vieja es la hermana.
Angulosa y austera, inmoble y amarilla,
un rosario de hierro lentamente desgrana;
los sueldos del viandante bailan en su escudilla.

Sus blancos ojos fingen lámparas funerarias
turbias bajo el profundo arco de las ojivas,
y sus labios enjutos, al decir sus plegarias,
crujen como dos hojas secas y fugitivas.

Cuando cansado cruzo el vesperal paisaje
y a mis hogares torno tras de la diaria brega,
la equidad del acaso me conduce al paraje
donde sus lloros lanza, bajo la cruz la ciega.

Y me paro, y absorto mi corazón se queda;
mi propia alma contemplo frente a mí, cual cercana
aparición, y digo: allí va una moneda;
ruega por mí que vivo sin amor, pobre anciana!...

FERNAND MAZADE

LAS PALILLAS

Desde el alba dejamos los rediles vestidos
de lienzos ondeantes y ramajes floridos.

Flavia, de pies desnudos y bellos, presurosa
regó ramas de boj, helianto y laurel rosa.

Tras de tañer alegres la flauta pastoral,
los umbrales mojamos con una agua lustral,

y llevó luego Flavia, de bellos pies desnudos,
a abrevar a los cabritos barbados, ya cornudos.

Presto expondrá los viejos machos a la lumbrada
que sube retorciéndose de la salvia inflamada.

A buscar las ovejas irá por los atajos
y a frotarles la lengua con pan untado de ajos;

y luego que descienda la noche a la floresta,
nos pondremos, ¡oh Pales! los vestidos de fiesta.

Flavia me dará el vaso de color azulino,
y yo arrojaré al fuego en dos partes el vino.

Y para quedar puros de manos y palabras,
no sacrificaremos ni terneras ni cabras.

Y solamente, diosa, te ofrendamos, por eso,
nueces y leche tibia, fresas del bosque y queso.

Acoge nuestros sanos aunque modestos dones
y aparta de nosotros las lúgubres visiones.

Si mis cabras la hierba de una tumba han violado,
si a sacra tierra un día dirigí mi ganado,

si temerario o torpe mi grey he conducido
al vergel de algún templo campestre derruído;

si a las ninfas, acaso, asustó mi presencia,
sé benigna y perdona, ¡oh Pales! mi imprudencia.

Aleja de nosotros las pestíferas fiebres
y llena de corderos mis hatos y pesebres.

Orée el sol benigno el agua de los prados
y mis enormes quesos de los zarzos colgados.

Haz que la lana abunde y que yo la recoja
más blanca que la nieve, más fresca que la hoja.

Que cuando Flavia corra al mercado vecino
a venderla, se tope al joven libertino

que, porque ella es hermosa y huele a mejorana,
la requiere de amores... pero le compra lana.

CONDESA MATHIEU DE NOAILLES

IDOS, DEJADME A SOLAS...

Idos, dejadme a solas con los muertos; reposa
la muerte bajo el polvo, la mañana es hermosa;
tiene el aire perfume de pensiles y huertos;
los muertos, para el resto de la vida están muertos.
Este cuerpo undulante, al pasar de los días,
tendrá su frente calva y sus cuencas vacías,
y he de hundirme en el sueño solitario y profundo
yo que no dormí sola ni una vez en el mundo.
Todo lo que se extingue y todo lo que cesa,
las ávidas pupilas y la boca que besa,
serán silencio mudo y sombra entenebrida,
mientras que ya la verde primavera florida
sube empapada en savia, en oro y en rocío.
¡Tener un rebosante corazón como el mío
de ensoñación y anhelos, de afán y de esperanza,
y no sentir el ósculo de la aurora que avanza!
¡Ser el tiempo inmutable bajo el letal reposo!

Otros vendrán dispuestos al placer jubiloso;
parejas juveniles cantarán sus amores
contemplando las mieses, los campos, las labores,
de la estación que vuelve la color delicada...
y yo estará ya muerta, y yo no veré nada.
Me será extraño el goce de mi vivir activo;
y todos los que lean en los versos que escribo
el afán de mis ojos y el ardor de mi mente,
vendrán hacia mi sombra luminosa y riente,
mas vendrán con el alma de desaliento herida
porque tiene mi polvo más calor que su vida...

LA OFRENDA A LA NATURALEZA

Naturaleza, de alma profunda, en que reposa
el cielo, ningún hombre con mi fervor ha amado
la claridad del día, el agua luminosa,
la tierra, donde un soplo de vida ha germinado.

El bosque, los estanques, el ámbito fecundo,
hablaron a mis ojos más que el mirar humano;
yo me apoyé en la gracia y la beldad del mundo
y cada estación deja perfumes en mi mano.

Como corona augusta ceñí tus soles rojos
a mi sencilla frente llena de orgullo mío;
a tu otoñal trabajo emularon mis ojos
y sollocé de amores en brazos del estío.

Yo vine a ti, Natura, sin miedo ni prudencia,
te di mi razón íntegra para virtud y mal,

y tuve por bien solo, por única conciencia,
tu espíritu impetuoso de astucias de animal.

Cual flor do liba mieles la abeja en la floresta,
mi vida se difunde en cánticos y aromas,
y mi alma matutina es como henchida cesta
en que te traigo ramas y en que te ofrendo pomas.

Sumisa cual la onda donde un árbol en frutos
refleja sus encantos, yo conocí tu sed,
que despertó en las almas de seres y de brutos
la graciosa impaciencia y el divino querer.

Entre mis brazos viva palpitas ¡oh, Natura!...
Y un día será fuerza no ver la luz del sol,
y que vaya a una patria sin viento y sin verdura
donde jamás exista ni claridad ni amor...

EN TIERRAS DE ROUSSEAU

Con sus erguidas lonas, un velero cansado
sueña como la torre de un templo abandonado.
En la tarde infinita, trémulos y frondosos
se dibujan los álamos cual cipreses gozosos.
En el campo en que flota blanquecino vapor,
los cencerros parecen festejar al pastor.
En plata gris, un cedro de silueta ondulada
tiene el tumulto obscuro de nube encadenada
que arrastra sobre el éter su rayo tenebroso,
y hay un temblor que baja difundido y untuoso.
Los montes sobre el agua pesan ligeramente;
todo parece frágil, delicado y doliente.
No se sabe qué vaga y esfumada quietud
medita. Sobre el agua, en dulce lentitud,
los rubíes de un faro desgranándose van.
¡Noches de Lamartine y de Chateaubriand!
¡Viento sobre los álamos, fuentes en las colinas,

sonar de cascabeles al pasar las berlinas,
desfile de villorrios, húmedo valle, en donde
la frescura infinita del silencio se esconde!
Luz tenue en las ventanas de la humilde hostería,
rugir de los torrentes, labor de leñadores,
cortezas de abatidas hayas, cuyos olores
dan un perfume de agua y de carpintería,
¿cómo desdeñar pude vuestro noble dulzor?
Retirada en mi grave y mística labor,
retraídos mis ojos, mi alma fuerte y bravía
hacia un paz profunda de soledad subía.
Naturaleza, dame lo más de amor humano
que puedas; sus tinieblas como su luz astral,
la gracia de ir con todos por el camino llano
lejos de la grandeza aislada y funeral:
vivir entre los muertos, oír cómo murmura
la piedra en el molino, en el taller la sierra,
y cómo esparce al viento la risa de la tierra
mientras dirige al alma su oración a la altura.

RENATA VIVIEN

ASI HABLARE...

Cuando el Señor asome su rostro en mi agonía,
"Cristo, no te conozco"—le dirá la voz mía,—

"Señor, no fué mi norma la estricta ley cristiana,
y he vivido lo mismo que una simple pagana.

"Su ingenuidad te muestra mi corazón desnudo;
mas él no te conoce ni conocerte pudo.

"Huí como la arena, como el agua he pasado;
si pequé, no me daba cuenta de mi pecado.

"El mundo era, a mis ojos, cual floresta divina.
Bebía el alba clara, la tarde cristalina.

"El sol me enardecía con su quemante ardor,
y a femeniles brazos me empujaba el amor.

"Un pabellón soberbio el cielo semejaba.
Apareció una virgen en mi umbral. Yo esperaba.

"Cayó la noche... ¡Oh día, ¿por qué en infausta hora
con su luz mortecina trajistes a la aurora

"que la encontró en mi lecho? Ella durmió conmigo
como la amada duerme en brazos del amigo.

"Y desde aquel instante, mi ensueño se desvela
pidiendo eternidades al momento que vuela.

"No advertí de la amada la frialdad en los ojos
y la adoré, burlando tu ley y tus enojos.

"Pendientes de esos ojos, sólo su amor buscaron
los míos... Y las gentes de bien me lapidaron.

"Sólo su voz amaba, sólo su voz oía
y bien supe que nadie mi afán entendería.

"Pero llega la noche, y mi nombre y mi pena
se borran como cifra que se escribe en la arena.

"Serán los nuevos días engañosos y adversos;
nadie al caer la tarde recitará mis versos.

"Señor, mírame y júzgame... En la hora presente,
ante el silencio humano estamos frente a frente.

"El amor me ha brindado amargura y consuelo,
y no soy acreedora de infierno ni de cielo.

"No escuché la armonía celestial de tus santos
por ocupar mi oído en extranjeros cantos,

"esos cantos de Lesbos cuyos coros callaron.
Mis versos no tus glorias ni tu amor celebraron.

"Mas no lancé blasfemias en mi demencia loca;
el beso fué la única blasfemia de mi boca.

"Déjame en el silencio nocturno apetecido,
unirme con aquellas que no te han conocido.

"Safo preludiaría en su laúd un canto
de mi adorada virgen celebrando el encanto.

"Alba como los lirios al ver a mi doncella,
la juzgara más blanca que Attis y más bella.

"Nosotras las del coro, comprimido el aliento,
cual antes Mitilene, oiríamos su acento.

"Nuestras manos traerían las antorchas, las flores...
No pudimos amarla bajo tiempos mejores,

"cuando ágil escanciaba, entre oro y sederías
de los mullidos lechos, néctares de alegrías.

¡Cuál celebrara ella en su claro cantar,
aquel vergel lesbiano que se abre sobre el mar,

"vergel de las cigarras, do se escapa embriagante
el olor del racimo como un carmen vibrante!

"Flotaran nuestras túnicas entre los blancos velos
de Attis y de Timas, y de Eranna de Telos.

Y aquellas cuyo nombre de solo oírlo encanta,
se agruparan en torno de la aeda que canta.

"Cristo: ya que no pude conocerte y amarte,
en la ocasión suprema del morir, voy a hablarte:

"Fuí sólo una pagana; perdóname, Señor,
y déjame que vuelva al antiguo esplendor;

y pues que ya la hora de la muerte ha venido,
úname con aquellas que no te han conocido!"...

SAINT-POL-ROUX

GOLGOTA

Con sus velos más tristes, el nublado horizonte
se crispa sobre el drama universal del monte,
y lanzas triangulares con su brusco perfil
sobre el asta simulan la lengua de un reptil.

Clavado entre dos lobos de humanado semblante
y como fresco trozo de carne palpitante,
agoniza el Cordero, a la cruel embestida
del odio, aquel que daba su mansión y su vida.

Jesús bala un perdón supremo en la tormenta
en que cruje y rechina su estrujada osamenta;
mas la sangre purpúrea que de su frente llora,
sus angustias divinas de corales enflora.

Judas, siniestro sapo con humano atavío,
bajo un árbol clemente mece un dolor tardío,
y se dice que arriba han muerto los luceros
para no parecerse a los treinta dineros.

ERNEST RAYNAUD

EL FAUNO

Yo fuí sedente fauno oculto en el follaje
cabe rincón florido de un parque abandonado
donde atisbé con ojo marmóreo y asombrado
el salto de una ardilla y el vuelo de un celaje.

Hoy por hoy, un museo me sirve de boscaje,
y por recuerdo único del sitio que he dejado,
hay dos briznas de hierba que a mis pies han brotado,
y en la ventana abierta, un trozo de paisaje.

Mi reclusión da fuerza a las memorias mías.
¡Oh, alígera parvada que a la aurora venías
a beber el rocío de mi mano en la palma!

Aquí me rinde un pueblo asombro y ovaciones
y me cuidan lacayos de dorados galones;
mas en el viejo parque se me ha quedado el alma.

EL REGRESO

Dulce ciudad, te veo. Diez años viví ausente.
Aquí bajo las frondas de tu arboleda obscura,
jugué con otros niños en una edad más pura,
libre de todo duelo y de mi mal presente.

Una acogida tibia y un rostro indiferente
me dan aquellos pocos cuya amistad perdura,
y bríndanme tan sólo su ofrenda de ternura
las cosas, que no tienen la infamia de la gente.

La calle donde el río ya se deshincha o sube
según va la marea, bajo la parda nube
aun teje sus ramajes y da camino llano.

Agítanse las hojas al soplo de la brisa,
y, a veces, levantándose de la noche indecisa,
un olvidado sueño me coge de la mano.

FERNAND SEVÉRIN

PENSADOR, LA HERMOSURA...

Pensador, la hermosura del bosque en primavera
sobrecoge tu espíritu hoy por la vez primera
y la tierra te embriaga con su aroma sutil...

Transcurrieron tus días en meditar en vano
el enigma del hombre ante el destino humano,
y sobre el libro, pálida, tu frente cayó al fin.

¿Y qué? Guarden los dioses la verdad escondida,
y goza sin resabios, mientras pasa tu vida,
la dulzura que encierra la palabra: vivir...

RODENBACH

EPILOGO

Otoño; el año muere en la lluvia cerrada.
La juventud se extingue, y el afán noble y fuerte,
único en que pensamos cuando llega la muerte:
el de sobrevivirse en la obra terminada.

Mas la esperanza huye, el afán incesante
es sueño ido, vano como todo lo nuestro;
los apóstoles niegan el nombre del maestro,
y el más leal traiciona antes que el gallo cante.

Guirnaldas de la gloria ¡ah, vanas, siempre vanas!
Y, no obstante, qué triste es el haber soñado
no perecer del todo, un poco haber salvado,
y dejar algo nuestro en las barcas humanas.

Lo que hay en mí de rosa siento que desflorece,
siento que se marchita y lo arrancan de mí...
Mi sangre no circula, deshojarse parece...
Es noche y tengo sueño, el sueño de morir!...

EL ENFERMO, A MENUDO...

El enfermo a menudo examina sus manos
pálidas, y que tienen ademanes benignos
de unción y sacerdocio, ya sin rasgos humanos;
y las consulta, y mira sus flacos dedos, signos
más seguros que el rostro, de su estado y sus penas,
con su marfil enjuto y sus delgadas venas.

Sobre todo en la tarde, él las mira bañadas
por la luz del crepúsculo, el otoño del día,
y ve en aquellas manos por el mal afiladas,
cual si se prolongara fuera de él su agonía.
Manos que son más pálidas cuando la noche asoma,
que se aman y buscan en un constante anhelo;
ellas tienen friolentas blancuras de paloma,
y, leves, se diría que van a alzar el vuelo.
Sobre el aire dibujan sus fantásticas huellas
cual si por la ventana un rayo de la luna

de nuevo se filtrara a posarse sobre ellas.
¡Qué pálidas entrambas! El enfermo delira
rememorando aquellas de los tiempos lejanos,
y no las reconoce por suyas, y las mira
cual niño que contempla en el agua sus manos.

Ve después en el mudo espejo sin memoria
—cristal que reconcentra su agua obscura un instante—
sus manos que se hunden cual pareja ilusoria;
¡oh, la fuente obstinada y voraz, triste lago
en que sus manos sigue en un recuerdo vago,
par blanco que se pierde cual si fuera un reflejo
mientras que se consume el agua del espejo!
Y piensa que muy pronto ya no podrá en su viaje
seguirlas con los ojos cuando la noche baje
hasta el agua profunda del espejo extinguida...
y ¿no es acaso, verlas morir, en esa huída?...

FRANCIS VIELÉ GRIFFIN

CANCION

En mis manos la lluvia he recogido
—cálida lluvia que parece llanto—
y la bebí cual filtro, prohibido
a causa de un encanto;
por que en mi sér tu sér quede dormido.

Cogí los trigos de la granja obscura
—trigo que finge granizada fina—
y lo sembré sobre la gleba, dura
a causa de la escarcha matutina;
porque puedas gustar la mies segura.

Hojas y hierbas he cogido ahora
—que hace ya mucho marchitó la suerte—
e hice una dulce llama, embriagadora
por su acre olor y por su savia fuerte;
a fin que guardes sin temor la aurora.

He cogido tu boca, tu melena
jocunda, el rosa que en tu faz ardía,
e hice cuerdas de lira, una bravía
aurora, un rayo jubiloso... Suena
el día como un canto de colmena.

INDICE

Págs.

Notas críticas 5

VERLAINE

De "Sagesse" 15
Pierrot 17
Coloquio sentimental 18

BAUDELAIRE

El ideal 23
La giganta 24

HEREDIA

La siesta 27
El joyero anciano. 28
El arrecife de coral 29
El prisionero 30

Págs.

MAETERLINCK

La siete hijas de Orlamunda. 33
Ya busqué treinta años, hermanas. . . . 34
El infiel 35

PAUL FORT

De baladas de la cabaña 39
El lazo de amor 40
Los dos enlutados. Balada. 42

ALBERT SAMAIN

Pannvra 47
Tarde 49
El almuerzo preparado 50
Mirtillo y Palemona 52
Xanthis 53
La Rana 54

FRANCIS JAMMES

Buen amigo, fiel perro 59
La jovencita enferma 60
El asno del Domingo de Ramos. 62
El burro apaleado 65
El burro de Sancho Panza 67
El asno del jardinero 69
El burro sabio 70
El asno de Beatriz 72
Asnillo mendicante 74
El comedor 76
En el silencio de la noche 78

Págs.

EMILE VERHAEREN

El barquero 83
El árbol 86
El miedo 90

EPHRAIM MIKHAEL

Crepúsculo lluvioso 93
Tristeza de septiembre 94

JEAN MOREAS

Nocturno 99
Hadas, bajo los rizos 101
Habla una jovencita 102

MAURICE ROLLINAT

La biblioteca 105

MAURICE VAUCAIRE

Yo tengo la memoria 109
¿A qué mi melancolía?. 111

HENRI DE REGNIER

El reposo 115
Experiencia 117
Sobre la playa 118
La voz 119
La esperanza suprema 121

CHARLES GUERIN

Del borde del camino 125

Págs.

FERNAND MAZADE

Las palilias 129

CONDESA MATHIEU DE NOAILLES

Idos, dejadme a solas 135
La ofrenda a la Naturaleza 137
En tierras de Rousseau. 139

RENATA VIVIEN

Así hablaré 143

SAINT-POL-ROUX

Gólgota 149

ERNEST RAYNAUD

El fauno 153
El regreso 154

FERNAND SEVERIN

Pensador, la hermosura 157

RODENBACH

Epílogo 161
El enfermo, a menudo 163

FRANCIS VIELE GRIFFIN

Canción 167